La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 19 de octubre de 1908 — Núm. 1.399

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

DOMINGO DE RAMOS, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. – *El ramo de muguete*, cuento de Enrique Datin. – *La crisis de Oriente. Bulgaria. Servia. – Los reyes de España en Viena. – Berlín. Concurso aerostático de la copa Gordon-Bennet. – El aeroplano Wilbur Wright. – Londres. La carrera de Maratón. – Nuevo aparato para el salvamento de náufragos. – Podoscafo inventado por Fernando Louis. – Fotografías por el sistema Rawlin. – Espectáculos. – Problema de ajedrez. – El vellocino de oro*, novela ilustrada (continuación). – *En el hipódromo de Longchamp (París), el día de la carrera del Gran Premio Municipal. – Concurso del gran premio del Aero-Club de Francia (París).*

Grabados.— *Domingo de Ramos*, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. – Dibujo de Sardá que ilustra el cuento *El ramo de muguete. – Sofía. La Sobranié, Parlamento búlgaro. – Palacio del tsar Fernando I. – El rey Pedro I de Servia. – Artillería y Música militar servias. – El rey D. Alfonso XIII en Viena. – Berlín. Concurso aerostático de la copa Gordón-Bennet. – La señora de Hart O'Berg en el aeroplano de Wilbur Wright. – Londres. La carrera de Maratón. – Nuevo aparato para el salvamento de náufragos. – Podoscafo* inventado por Fernando Louis. – *Serranos salmantinos. – Penitas*, fotografías por el sistema Rawlin. – *Ultimas creaciones de la moda (París). – En el hipódromo de Longchamp. El día de la carrera del Gran Premio Municipal. – París. Concurso del Gran Premio del Aero-Club de Francia. – Los reyes de España en Hungría.*

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Todos los años, poco más ó menos, se reproduce en Barcelona el viejo tema de las fiestas de la Merced. Sin haber tratado, en tiempo oportuno, de iniciarlas y prepararlas; cuando ya no es posible ingerir la correspondiente partida en el presupuesto municipal; cuando no queda ningún sobrante ni ningún capítulo por rebañar ó exprimir; cuando los días resultan contados incluso para una mala improvisación, entonces, de prisa y corriendo, se trata de hacer en dos semanas lo que se ha tenido olvidado durante doce meses y se anuncian unos festejos que no los sufriera iguales una población de 10.000 almas.

La cuestión de tales festejos se relaciona actualmente con la llamada «industria del viajero,» ó sea, con la atracción de gente de fuera de Barcelona que venga á pasar unos días en esta ciudad y deje en ella su tributo monetario. Este punto de vista es demasiado tentador é interesa demasiado á un sin fin de pequeñas industrias para que alguien se atreva á contrariarlo, aun bajo pretexto de una insuficiente preparación ó de un posible papel ridículo. Esto es lo que ha ocurrido últimamente. Nadie dejó de prever el fiasco, nadie tuvo osadía bastante para evitar que se consumase, nadie quiso cargar con la impopularidad que hubiera acompañado á tal ingerencia.

Sucede en Barcelona, á causa de su rápido crecimiento en los últimos treinta años, que no todo se ha desarrollado á la vez. Al ensanche material no siempre ha sucedido un ensanche del espíritu que guardase con el primero la debida proporción. Obsérvanse frecuentes supervivencias de los ideales que correspondían á la ciudad de antaño, y á los cuales la urbe moderna viene decididamente ancha. Acaso no hemos procurado dilucidar si esa forma de fiestas periódicas, y sobre todo, el tiempo elegido para celebrarlas, corresponden á las necesidades y gustos de nuestra edad, á la índole de la población y á los recursos que en aquéllas pueden racionalmente ser invertidos. Las costumbres no cambian tan sólo según los territorios; cambian según las épocas, y aun desaparecen ó se transforman y subdividen por no corresponder á las mil menudencias y causas favorables que las engendraron un día. ¿Quién nos dice que así como han ido desapareciendo los antiguos y fastuosos Carnavales, á pesar de todas las excitaciones de la prensa y de todos los recursos y artificios puestos en juego para resucitarlos; quién nos dice, repito, que las fiestas de la Merced no padezcan del mismo mal de interior decrepitud y no sea ya posible levantarlas de ella?

Nada existe en la actualidad que pueda vivir una vida propia y lozana sin la colaboración activa del espíritu popular, de la opinión pública. A la legua se conoce cuándo una institución nace de las entrañas del pueblo ó cuándo ha sido incubada artificialmente. La misma violencia, la misma dificultad, la misma penuria con que se lucha ahora para organizar cuatro festejos provincianos en septiembre, dicen lo bastante acerca de esa obra corrosiva del tiempo sobre las modas y las costumbres pasajeras. Acaso no se ha pensado tampoco, cuanto se debiera, acerca de la forma de atracción que deba y pueda ejercer Barcelona, dado su rango actual.

Desde luego cabe observar que es una ciudad productora, es decir, ocupadísima. Las ciudades ocupadas nunca serán las más á propósito para distraer á los ociosos, como el hombre trabajador y que tiene los minutos contados no puede atender á sus huéspedes con la holgura y afabilidad exigidas. La industria del viajero es además una industria supletoria, propia más bien de los países dormidos, quietos ó principalmente históricos. Barcelona—por la propia fuerza de su gravitación económica y por la intelectual que ya empieza á sentirse—ha atraído y seguirá atrayendo *habitantes*, mucho más que *viajeros*. Aquí se viene á residir y no á pasear; pero aun dentro de esta última corriente, lo que nuestra ciudad puede hacer exige carácter continuo antes que periódico. Decía muy bien un cronista, á este propósito, que tres ó cuatro teatros buenos y con buenas compañías, dos ó tres museos de verdadero interés, harán más por Barcelona y por sus hoteles y tiendas, que cuantas fiestas pueda proyectar por extraordinario.

Además, los atractivos de una capital como Barcelona deben nacer naturalmente de la exuberancia y esplendor de su propia vida civil, que florece hoy en grandes conciertos, mañana en exposiciones artísticas de excepcional importancia, el otro día en espectáculos de categoría superior ó en congresos y asambleas que afecten á todos los órdenes, aspectos é intereses de la civilización humana. Esas fiestas parciales, pero casi continuas, llegarán á suplir con gran ventaja las fiestas periódicas, pero sin contenido ni interés espiritual, fuera de la conmemoración religiosa, y que hacen indispensable un río de oro para dejar, á la postre, adornadas dos ó tres grandes vías, y á obscuras y sin barrer las otras nueve décimas partes de la ciudad...

Tal es el recuerdo y la impresión que me dejan las «fiestas» de este año, en las cuales palpitaba algo como un adiós, como una despedida entre una época y otra: entre la metrópoli que comienza, y la capital de provincia que se resiste á desaparecer definitivamente en el pasado.

***

El gran poeta de Cataluña Jacinto Verdaguer sufrió, al final de su vida, como otros insignes escritores —Lamartine, Balzac—la cruz de las deudas. Esas deudas han venido persiguiendo su memoria vinculada en los libros que constituyeron la biblioteca de trabajo del cisne de Folgarolas; y esos libros, embargados por sentencia judicial, fueron sacados últimamente á subasta pública, rematándose á favor del propio ejecutante, de quien los ha adquirido, en virtud de convenio, el *Institut d'Estudis Catalans*. Dicho Instituto, creado por la Diputación de Barcelona y subvencionado también por el Ayuntamiento, no abandona su propósito de organizar una gran biblioteca de Cataluña. Actualmente lleva adquirido, como primer núcleo, el más importante de cuantos podía apetecer en lo relativo á literatura catalana antigua: la colección formada por el insigne bibliófilo y poeta D. Mariano Aguiló y Fuster, compuesta de numerosos manuscritos de los siglos XIV y XV y casi de cuantos incunables é impresos catalanes anteriores á la pasada centuria han llegado á noticia de los curiosos, con más la parte mayor de lo publicado durante el actual renacimiento.

Los herederos del distinguido historiador D. Antonio Aulestia tuvieron la generosidad de ceder al Instituto los libros de la pertenencia de aquél; y ahora se añade á unos y otros la biblioteca de Verdaguer, salvada de la dispersión y la venta al menudeo.

Hace años, muchos años, que un amigo de quien esto escribe adquirió en un puesto de libros viejos de Madrid el ejemplar de la primera edición de *L'Atlántida* con la dedicatoria auténtica de Verdaguer al malogrado profesor y crítico D. Manuel de la Revilla. En este ejemplar leí por primera vez el poema famoso, doliéndome de la dispersión que habían experimentado los libros de Revilla, aunque muy lejos de pensar que la misma suerte amenazase algún día á los del propio Verdaguer. Por fortuna, el peligro no ha pasado de peligro; y una institución patriótica, entre las muchas que se disponían á hacer otro tanto, ha conseguido vincular perpetuamente, en beneficio de Cataluña, aquellas valiosas reliquias.

Los grandes poetas, los sumos artistas, ornamento de la humanidad, alcanzan raras veces aquella felicidad terrena que suele ser patrimonio de los obscuros y humildes. El genio es el más alto testimonio de la nobleza de nuestra especie; es el instrumento de sus más elevadas operaciones y como el intermediario entre lo eterno y lo caduco. En sus obras la conciencia humana se reconoce á sí misma y se expresa y perpetúa. Sin ellas no saldría del estado amorfo ó difuso y no se establecieran esa solidaridad, continuidad y perfección sucesiva que distingue al hombre, separándole del resto de la escala zoológica.

Pero al mismo tiempo, cierta ley de compensación desarrolla unas facultades á expensas de las otras, como para proclamar la imperfección de lo terreno, y hace que el genio se nutra muy á menudo de su propio dolor y viva á costa de la dicha. O gloriosos é infelices, ha dicho un exquisito paisano mío, ó dichosos y obscuros. Apenas hay manifestación del genio que no haya nacido de la adversidad. Aun sin ella, el talento superior de la poesía y del arte desequilibra á quien lo posee y le hace inhábil para la existencia reposada y normal. Como el simbólico *albatros* de Baudelaire, al abatir su vuelo sobre el navío, arrastra sus alas disformes y ridículas, anda torpemente y excita la burla soez de los marineros. Es sublime en la altura y grotesco á ras de tierra, para las muchedumbres que se codean con él. Como el pelícano de Musset, se abre las entrañas y dilacera su corazón para darlo en alimento á la prole humana, que cuanto más vivo y arrancado con mayor dolor, más sabroso encuentra el manjar de la poesía.

No pudo escapar Verdaguer á ese general infortunio de las existencias geniales; y lo ocurrido con sus libros es un rastro material de la conturbación de su vida y de los agobios y adversidades que le persiguieron, á modo de jauría de perros hambrientos, en sus últimos años; como si al poeta y al artista en la pura acepción de la palabra, no les fuese dado vivir en paz y tuviesen que revelar el espanto de los que vuelven del profundo reino de las sombras y han bordeado aquellas fronteras que separan confusamente la fantasía y el delirio.

***

Teatros y salas de conciertos han abierto de nuevo sus puertas y han dado comienzo á su campaña. Desde luego la música sale muy bien librada de estas audiciones de otoño en el magnífico Palacio de la Música del *Orfeó Catalá*, donde el maestro Lassalle y la orquesta del Sindicato Musical Barcelonés han desarrollado una brillante labor, tan sana para el deleite como para la educación artística del público. Inmediatamente les han sucedido los conciertos del insuperable violoncelista Pablo Casals y el pianista Bienvenido Socías, conciertos que han sido otros tantos triunfos.

Tenemos compañía catalana en Romea, en el Principal y en Novedades, y se anuncian no pocos estrenos con marcada tendencia de selección artística. Es posible que de la emulación nazca algún esfuerzo provechoso, si bien las «compañías,» como tales, han tenido que disgregar sus elementos, ya en conjunto no muy numerosos por la limitación en que vive forzosamente el teatro catalán. Trabaja en Eldorado la compañía Larra-Balaguer, y el estreno más importante en lo que va de temporada á ella lo debemos.

Claro es que aludo á *Las de Caín*, nueva producción de los hermanos Quintero, en la cual, según observa con exactitud un cronista, parecen haber encontrado la fórmula del *vaudeville* castellano. Los simpáticos autores andaluces van abandonando el tipo de comedia semi-poética, algunas veces casi *larmoyante*, de sus primeros años, tendiendo principalmente ahora á «divertir.» Dentro de este designio su última obra deja muy poco que desear, y aun contiene tipos muy diestramente copiados y ambiente madrileño digno de una obra de arte en el sentido estricto. El espectador ríe durante los tres actos, y no obstante, al dejar el teatro y por poco aficionado que sea á las meditaciones, ese primer regocijo se trueca poco á poco en una impresión deprimente.

No nace, por cierto, esa impresión de lo que han puesto en la comedia los Quintero; es la estrechez económica, el agobio de una sociedad que no acaba nunca de resolver el problema de su alimentación, de su subsistencia, de su porvenir; es aquella misma voz que llora tras las páginas aparentemente caricaturales y burlescas de Taboada...

MIGUEL S. OLIVER.

EL RAMO DE MUGUETE (1), CUENTO DE ENRIQUE DATIN. Dibujo de Sardá

Sentada en un banco de madera y de espaldas al pedestal de la estatua de Velleda, había una joven que bordaba en cañamazo...

Cuando yo era estudiante, hace ya de esto mucho tiempo, solía ir con frecuencia al jardín del Luxemburgo. Menos jardín á la inglesa que ahora, más bello en conjunto, no cortado por calles transversales y cuidado sin gran esmero, tenía entonces una porción de rincones llenos de sombra, de silencio y de soledad.

El Vivero, hoy desgraciadamente desaparecido, fué á menudo teatro de bellas intrigas y vió esbozarse gran número de efímeras uniones, y sus encantadores bosquecillos de lilas fueron con frecuencia testigos discretos del comienzo de amores primaverales.

La legendaria estatua de Velleda, colocada en el centro de la plazoleta, atraía la atención y evocaba el recuerdo de *Los Mártires* de Chateaubriand, cuya gloria literaria empezaba á palidecer; sin embargo, el melodioso autor de *Los Natchez* brillaba todavía con resplandores bastante vivos entre la juventud estudiosa, enamorada siempre de la poesía.

Deseoso de obtener mi diploma, trabajaba yo de firme y preparaba mi examen de licenciatura. Una hermosa mañana del mes de mayo, paseábame bajo las verdes frondas de los altos castaños, en dirección al Vivero, pensando melancólicamente en el gran número de bolas negras que el legendario profesor Watrin repartía con tanta profusión y asaz inquieto acerca del resultado de mi ciencia jurídica. Mi paseo tenía por objeto ver si podía variar el curso de mis pensamientos, impregnados de cierto sentimiento de tristeza.

Sentada en un banco de madera y de espaldas al pedestal de la estatua de Velleda, había una joven que bordaba en cañamazo: rubia, blanca, de cuello redondo y flexible y bien formado busto, parecióme hechicera con su lindo sombrero sencillísimo y adornado con un solo grupo de centauras. Su diminuta mano, de largos y afilados dedos, manejaba diestramente la aguja, y enteramente dedicada á su tarea, la hábil obrera no levantaba los ojos de su labor.

Encantado por aquella visión, quedéme inmóvil contemplando á la joven, y como ésta no sospechaba mi presencia, pude apreciar detenidamente la delicadeza de sus facciones y su aire de distinción innata. De pronto, una niña ramilletera, con la cesta llena de muguete florido, paróse delante de la desconocida y le pidió que le comprase un ramito.

La joven escogió uno, olióla un momento, y después de haberlo fijado en el broche de su falda, registró su bolsillo buscando sin duda una moneda para pagarlo; pero no tardó en hacer un gesto de sorpresa, que denotaba claramente que había olvidado su portamonedas, y, como apesarada, devolvió á la niña el ramillete.

Al pasar la florista por delante de mí le compré el ramo de blancas y perfumadas campanillas, y cuando se hubo marchado, avancé con grandes precauciones para evitar que la arena crujiese bajo mis pisadas, y acercándome á la desconocida le arrojé las flores con tal acierto que fueron á caer en su falda.

Cuando volvió en sí de su sorpresa, ya estaba yo lo bastante lejos para que no pudiera reconocerme en el ángulo de una avenida por donde me escapaba como un ladrón.

Al día siguiente, á la misma hora, hallábame otra vez delante de la estatua de Velleda; como la víspera, trabajaba en el mismo sitio mi bella desconocida, que fijando sus ojos grandes, de un hermoso azul marino, dirigióme una sonrisa y con un ademán me dió las gracias, al mismo tiempo que me señalaba el ramito clavado en su cintura.

Creíme entonces autorizado á saludarla y trabamos conversación. Desde aquel momento fuimos los amigos mejores del mundo, y durante un año, una vez por semana á lo menos, teníamos la seguridad de encontrarnos al pie de la estatua de la druidesa.

Un día me anunció que al siguiente partiría para Saint Omer, de donde era oriunda su familia, para casarse con un buen muchacho de quien estaba enamorada y que la quería con toda su alma.

Cambiamos un último y cordial apretón de manos un tanto triste para los dos, y nunca más volví á oir hablar de ella.

Ayer fuí al Senado, atravesando los puentes, para ponerme de acuerdo con mi viejo compañero Couteaux, el nuevo senador por Vienne, acerca del día y de la hora de nuestra alegre comida mensual; y al salir del Palacio, en vista de que sonreía el sol en el horizonte enviando torrentes de luz sobre las cúpulas de verdura de los castaños en flor, un resto de antiguas costumbres hízome entrar en el jardín por la verja cercana á Fontainebleau y dirigirme al Observatorio.

Siempre vuelvo á ver con nuevo deleite las estatuas artísticamente alineadas en aquel soberbio parque; una de ellas, sobre todo, la de la Gran Demoiselle, la duquesa de Montpensier, tiene el don de cautivar en alto grado mi atención, y nunca me canso de admirar el maravilloso bruñido de su mármol, que imita perfectamente los tornasolados reflejos de una falda de muaré.

Absorto en la contemplación de aquella obra maestra, no había reparado en la presencia de una señora elegantísima que estaba sentada en un gran sillón de hierro, apoyado en el pedestal de Luisa de Orleáns. De pronto, nuestras miradas se encontraron, y de su choque surgió la chispa...

Alegre, sonriente, acercóse á mí la dama, y tendiéndome cordialmente la mano, me dijo con emoción que yo compartía:

—¡Qué feliz encuentro!.. Porque no me equivoco, ¿verdad?

—¿Usted en París?..

—¿Tanto he cambiado que no me ha reconocido usted en seguida?.. Bien es verdad que desde que por última vez nos vimos han nevado sobre mi cabeza las pálidas margaritas de los cementerios...

—Siempre será usted encantadora, le respondí con acento de sinceridad. ¡Ah! Confieso á usted que no esperaba encontrar á usted hoy en el Luxemburgo...

—Y pensando en usted, porque en usted pensaba.

—¿En mí?

—Sí, y en prueba de ello, permítame que le presente á mi hija Marcela y á mi futuro yerno, que en este momento llegan de comprar en las galerías del Odeón la última obra de usted.

Saludé á un alto y guapo mozo de rostro simpático y á una hermosa joven en el radiante esplendor de sus veinte años, que se inclinó ruborizándose.

—Hemos venido, me dijo, para un asunto importantísimo... ¡Figúrese usted! Se trata nada menos que de la adquisición del ajuar de novia....

—Deseo que toda suerte de felicidades les acompañen en su nuevo estado, dije dirigiéndome á los novios.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—Tenga usted la seguridad de que los dos esperan, sin la menor duda, ser muy dichosos. ¿Quiere usted hacerme un gran favor?

—¿Que si quiero?..

—Pues bien: ofrezca usted á Marcela un ramito de muguete... He visto algunos muy frescos junto á la verja de entrada, en la cestita de la ramilletera... Soy por naturaleza algo supersticiosa y tengo el íntimo convencimiento de que ese ramillete, como el que un día me arrojó usted al pie de la estatua de Velleda, proporcionará dichas y satisfacciones á mi hija querida... Venga usted, añadió cogiéndome del brazo; iremos á comprarlo juntos.

Cuando ofrecí las flores á la venturosa desposada, díjome su madre sonriendo:

—También los años han dejado caer la nieve sobre la cabeza de usted, amigo mío. ¿Por qué, pues, no hacer valer el privilegio de la edad? ¡Vamos! Pida usted á la hija lo que nunca se atrevió usted á pedir á la madre...

—¿Un beso?

—¡Claro está!... Y siguiendo la excelente costumbre de su tierra de usted, Normandía, bésela tres veces en sus hermosas mejillas tan sonrosadas y tan frescas.

Ya supondrán mis lectores que no me hice repetir la invitación.

LA CRISIS DE ORIENTE.—Bulgaria. Servia

Aunque en el número último dijimos algo de esta cuestión, los sucesos ocurridos en la región de los Balkanes tienen sobrada importancia para justificar que en el presente ampliemos el relato que entonces hicimos.

El príncipe Fernando, que hace poco celebró en Budapest una entrevista con el emperador Francisco José, entrevista en la cual se ultimaron sin duda los acuerdos de los actos trascendentalísimos realizados por Bulgaria y Austria, y que se hallaba en Bucarest, salió el día 4 de esta última ciudad en dirección á Giurgevo, en donde le esperaban sus ministros. Allí deliberaron uno y otros á bordo del yate *Krum* por espacio de tres horas, y el resultado de aquella deliberación fué la proclamación inmediata de la independencia y erección en reino del hasta entonces principado de Bulgaria, sometido á la soberanía turca.

A la madrugada siguiente llegó el príncipe á Tirnovo, la histórica capital de los soberanos búlgaros, y pocas horas después se le reunían su esposa la princesa Leonor y los jóvenes príncipes y princesas sus hijos, que habían salido de Sofía en tren especial.

La ciudad de Tirnovo había sido empavesada durante la noche, y en la población reinaba gran entusiasmo, que se tradujo en ovaciones sin cuento así que se supo que había sido proclamada la independencia del principado.

El acto de la proclamación y al mismo tiempo de la anexión de la Rumelia oriental á Bulgaria, se efectuó en la iglesia de los Cuarenta Mártires. El antes príncipe tomó el título de tsar de Bulgaria.

Sofía.—La Sobranié, Parlamento búlgaro. (De fotografía de Delius.)

Inmediatamente después visitó Fernando I el monasterio de Preobrajenski y partió para Filipópoli, capital de la Rumelia oriental, entre las aclamaciones de la multitud. Antes de su partida telegrafió al sultán de Turquía manifestándole que se había visto obligado á obedecer los mandatos de su pueblo y expresando la esperanza de que subsistirían las relaciones amistosas entre ambos países.

Después de un viaje que bien puede calificarse de triunfal, entró el nuevo soberano en la capital de su reino, Sofía, el día 12 de los corrientes, siendo recibido por la población en masa con entusiasmo delirante.

De la impresión que el acto de Tirnovo produjo en Turquía y en las demás potencias, ya expusimos algo en el pasado número. El gobierno turco ha observado en tan críticas circunstancias una actitud prudente y digna, habiéndose limitado hasta ahora á protestar de la violación, en su sentir injustificada, del tratado de Berlín, y en confiar á las potencias signatarias de éste el restablecimiento del estado de derecho por el mismo creado. En cuanto á las demás naciones, no parece que hayan sentido muy intensamente el agravio sufrido por Turquía, ni la transgresión de las cláusulas de aquel tratado; la diplomacia se ha hecho cargo del asunto, y todo hace creer que con conferencia internacional ó sin ella, quedarán las cosas como están ahora, concediéndose, á lo sumo, á Turquía algunas compensaciones que de fijo serán de orden más bien moral que material.

Mas no se limita al acto de Bulgaria la actual crisis de los Balkanes; en efecto, dos días después de proclamada la independencia del reino búlgaro, el emperador Francisco José, en un rescripto publicado en el *Diario oficial* de Viena, declaraba la anexión al imperio austro húngaro de las provincias de Bosnia y Herzegovina y la evacuación del sanyak de Novi Bazar, territorios cuya pacificación y administración había sido confiada por el tratado de Berlín á Austria. Contra este acto ha formulado Turquía una protesta igual á la motivada por la independencia de Bulgaria.

La anexión de las citadas provincias, en cambio, ha causado un efecto desastroso en Servia, pues con ella se desvanece el sueño durante largo tiempo acariciado por los servios de reconstituir su gran patria con los territorios poblados con gentes de su raza. De aquí que en Belgrado, apenas se tuvo noticia de ella, promovióse gran excitación, se organizaron grandes manifestaciones de simpatía á Turquía, y el rey Pedro I, que debía partir para presenciar las maniobras de su ejército, suspendió su viaje.

Para que se comprenda el estado de la opinión en Servia, reproduciremos lo que decía uno de los más importantes diarios de Belgrado pocos días antes de que se realizase la anexión:

«No queremos creer que se prepare de un modo clandestino y contrario á las obligaciones internacionales y á las declaraciones solemnemente reiteradas, un acto que heriría mortalmente los sentimientos, los intereses y las esperanzas más sagrados de Servia y de los servios. Porque si nos viésemos de tal manera atacados, se apoderaría de nosotros la desesperación, y nuestras decisiones ulteriores podrían ser resultado de disposiciones al tomar las cuales no se tienen en cuenta los peligros ni se mide la magnitud del riesgo.»

Desde el primer momento, el ministerio servio presentó la dimisión, siendo substituído por otro de defensa nacional, presidido por el Sr. Pachitch, jefe del partido radical. Inmediatamente se convocó la Skupchina, y después de elegirse una mesa compuesta de elementos radicales, los jefes de todos los partidos entregaron al gobierno una declaración en la que manifestaban que, haciendo abstracción de las diferencias que les separan, están dispuestos á darle apoyo unánime.

Las últimas noticias que se tienen de Belgrado en el momento en que escribimos estas líneas son de que el ministro de la Guerra ha pedido un crédito de 16 millones, que ha sido inmediatamente aprobado con el solo voto en contra de un diputado socialista.

Sofía.—Palacio del tsar Fernando I. (De fotografía de Delius.)

El rey Pedro I de Servia. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El gobierno servio procede sin precipitaciones ni apasionamientos; pero en el pueblo no cesa la agitación, fomentada en gran parte por el mismo príncipe heredero, cuya actitud belicosa y cuyos fogosos discursos enardecen á la multitud, no faltando quien dice que los servios exigirán del rey Pedro I que abdique en favor de su hijo.

En Belgrado son muchos los que se alistan en la llamada «legión de la muerte,» diciendo que están dispuestos á marchar hacia la frontera austriaca.

Esta conducta de Servia y los preparativos militares que está haciendo han motivado una nota del gobierno austriaco al servio pidiéndole explicaciones, y aunque este último ha contestado que las medidas adoptadas no tienen en modo alguno un carácter agresivo, Austria, á su vez, se apercibe para cualquiera eventualidad. Los continuos incidentes que en la frontera servio austriaca ocurren, demuestran que el gabinete de Viena hace bien en prepararse, pues ya hemos dicho que la desesperación se ha apoderado de los servios, y un pueblo desesperado es capaz de realizar los actos más temerarios sin reparar en los peligros á que con ellos se expone.

Y por si algo faltaba para acabar de complicar la cuestión de Oriente, la isla de Creta ha sacudido también el yugo, más nominal que efectivo, de Turquía, y proclamado su anexión á Grecia. Así lo acordó el Parlamento cretense, en sesión de 7 de los corrientes, quedando en el acto establecida la autoridad griega en la isla, con gran contentamiento y entusiasmo de sus habitantes.

¿Terminará aquí el conflicto? ¿Querrá alguno de los demás Estados balkánicos, Montenegro, por ejemplo, aprovecharse de las circunstancias para obtener también su parte en el botín que, á costa de Turquía, se está repartiendo?

La conferencia que, según parece, se reunirá en breve y para la cual trabaja Rusia con tanto empeño, está llamada, como se ve, á discutir y resolver graves y trascendentales problemas que, por un momento han amenazado turbar la paz de Europa.

Todas las potencias no interesadas directamente irán á ella animadas de los mejores deseos, y como Turquía, que es la más perjudicada, ha adoptado una actitud de resignación, no es difícil que se encuentre una solución satisfactoria que asegure y garantice la nueva situación del territorio de los Balkanes.—R.

Artillería servia. (De fotografía de Delius.)

Música militar servia. (De fotografía de Delius.)

LOS REYES DE ESPAÑA EN VIENA

No disponemos de espacio para relatar ni siquiera someramente la estancia de nuestros reyes en la capital de Austria, ni las excursiones efectuadas por D. Alfonso XIII á Dresde y á Leipzig. Diremos, pues, sólo lo más saliente de una y otras.

Llegados á Viena el día 3, fueron obsequiados por la noche con un banquete íntimo en el palacio del archiduque, en donde se hospedaron. El día 4 asistieron á una función de la Opera. El día 5 visitó D. Alfonso la ciudad de Dresde, siendo recibido por el rey de Sajonia, la familia real y elementos oficiales; revistó el regimiento de granaderos, visitó el palacio, y después del banquete de gala que se celebró en la regia residencia, asistió al teatro de la Opera, en donde se cantó la ópera *Acté*, del compositor catalán D. Juan Manén. El día 6 por la mañana concurrió á una cacería organizada en su honor en el castillo de Moritzberg, y por la tarde marchó á Leipzig, en donde revistó el regimiento de ulanos n.° 18, del que es coronel honorario. Aquella misma tarde regresó á Dresde y de allí á Viena, adonde llegó al día siguiente. El 7 visitó uno de los cuarteles de caballería, presenciando algunas maniobras, y el grandioso Arsenal, en el que hay instalados el Museo Militar, la Galería de las Glorias, iglesia, hospital, manufactura de armas y municiones, fundición de cañones y talleres para la construcción de armones y carros de artillería. Por la tarde asistieron Sus Majestades á una representación en el teatro de Hofburg, y terminada ésta á una cena en la embajada española. El día 8, después de haber visitado la Academia militar de Sandhurst, en donde estudió D. Alfonso XII, y el cuartel del tren militar, en donde está el servicio de automóviles de guerra, partieron los reyes para Habshurn (Hungría). En la magnífica finca que allí posee el archiduque Federico han permanecido cazando hasta el día 13; de lo que habrá sido la cacería puede formarse idea sabiendo que durante ella se han cobrado 12.000 piezas, de las que D. Alfonso XIII ha matado 2.000.

No hay que decir que los reyes de España han sido en todas partes acogidos con demostraciones de entusiasmo y simpatía, no sólo por los elementos oficiales, sino también por la masa del pueblo.

El rey D. Alfonso XIII en Viena.— S. M. en el cuartel del 1.er regimiento del tren
El mayor Wolf, jefe de la sección de automóviles de guerra, explica el uso de éstos al monarca español.
(De fotografía de Carlos Trampus.)

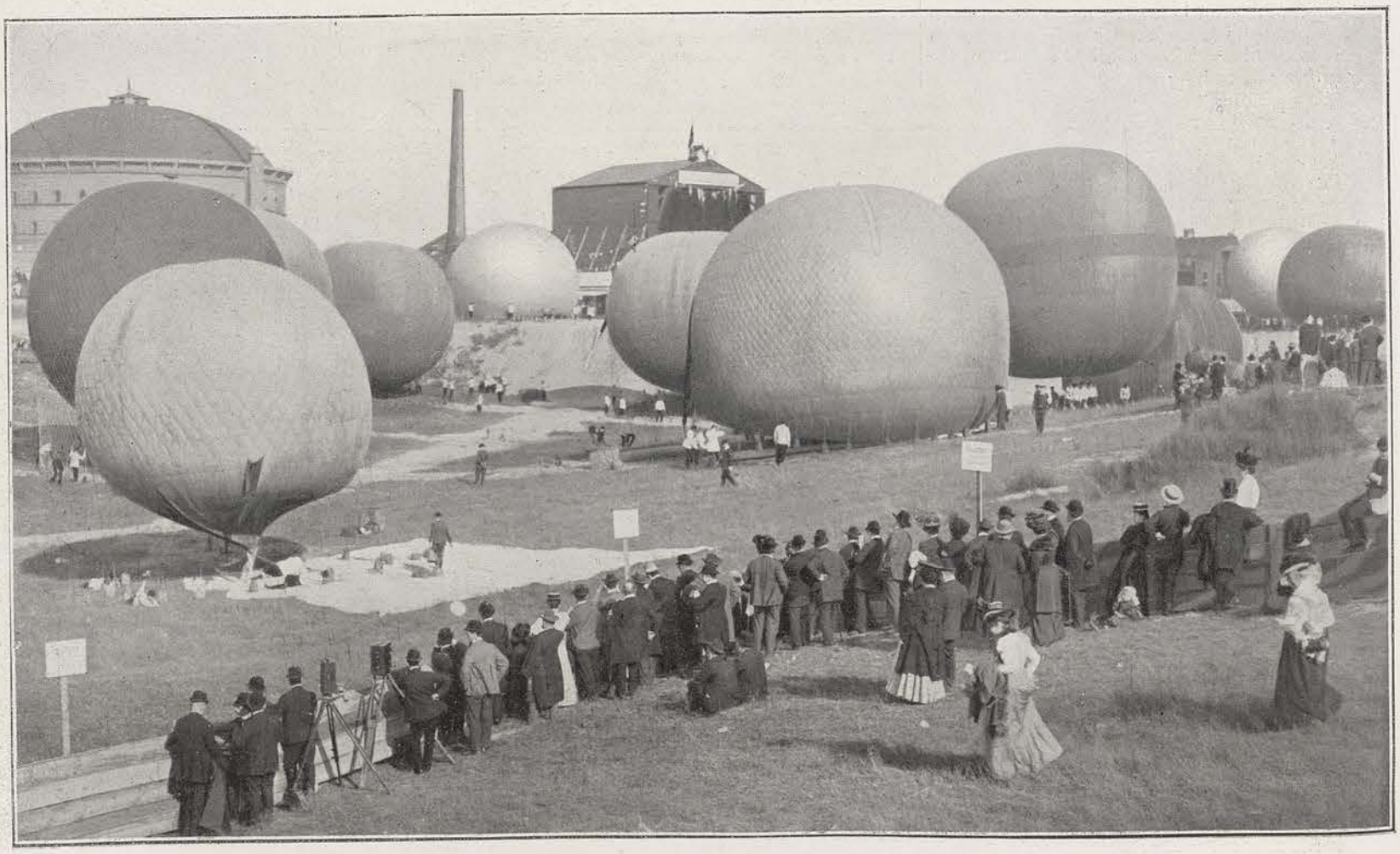
BERLIN

CONCURSO AEROSTÁTICO DE LA COPA GORDON-BENNET

El domingo, día 11 de los corrientes, efectuóse en Berlín el concurso en que se disputaba por tercera vez la tan codiciada copa Gordon-Bennet, que fué ganada en 1906 por los Estados Unidos y en 1907 por Alemania. En él han tomado parte 23 aeróstatos alemanes, franceses, belgas, ingleses, norteamericanos, italianos, españoles, suizos y austriacos. España hallábase representada por los globos *Valencia*, *Montañés* y *Castilla*, tripulados respectivamente por los señores Kindelán, Herrera y Salamanca. El segundo se desgarró durante el viaje aéreo, yendo á caer en Meistendorf, sin que afortunadamente sufriera el menor daño el aeronauta.

Durante la salida, ocurrió un accidente al globo norteamericano *Conqueror* que causó gran impresión en el público. Los tripulantes del aeróstato arrojaron demasiado lastre y el globo subió rápidamente á gran altura y se desgarró; la multitud vió cómo el *Conqueror* descendía con gran rapidez y previó una horrible catástrofe; pero por fortuna el aire penetró por la rasgadura del globo hinchándolo y convirtiéndolo en un paracaídas. Entonces el aparato bajó lentamente y los tripulantes saltaron á tierra sin novedad.

El triunfo ha sido para el globo inglés *Banshee*, tripulado por John Dunville y C. F. Pollock, que ha ido á parar á Hridding (Dinamarca), habiendo recorrido 425 kilómetros.—R.



Berlín.—Concurso aerostático de la Copa Gordón-Bennet. Vista general del lugar en donde se efectuó el concurso tomada poco antes de elevarse los globos. (De fotografía de Ed. Frankl.)

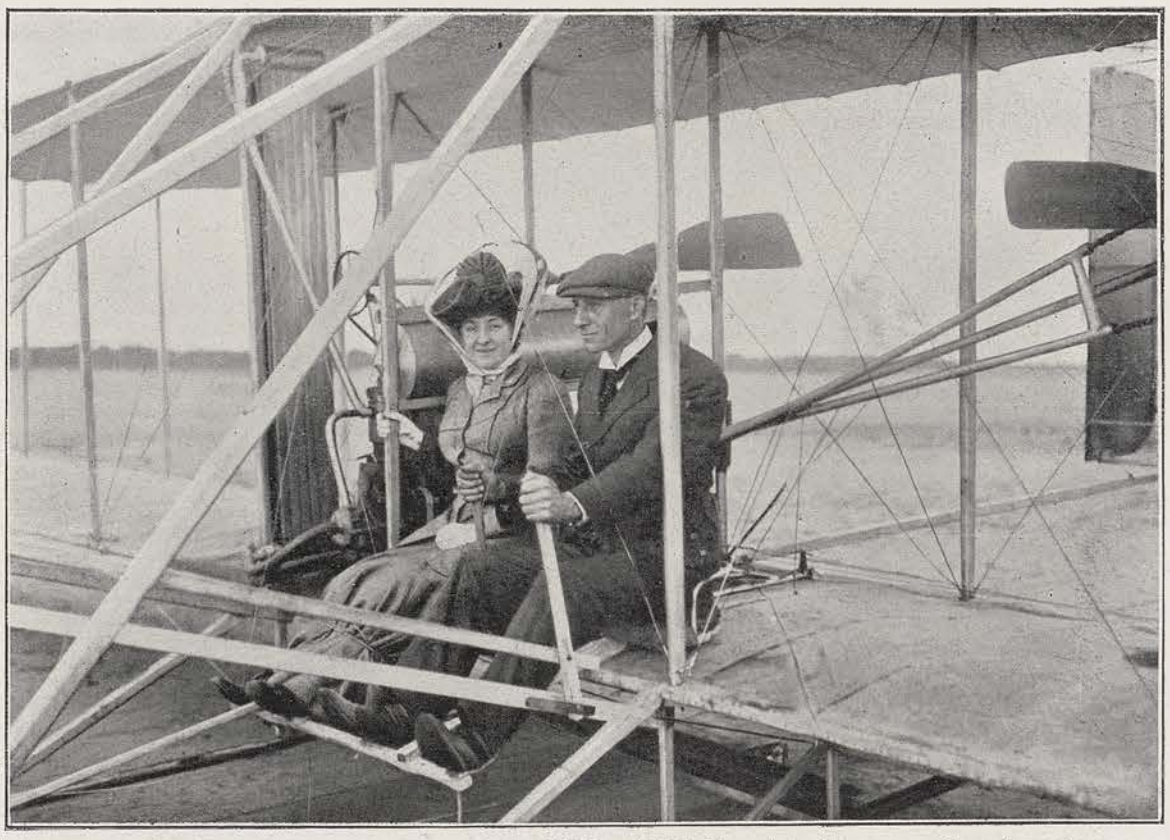
EL AEROPLANO WILBUR WRIGHT

El día 9 de los corrientes, Wilbur Wright efectuó en el campo del Mans cuatro vuelos, acompañado en cada uno de ellos por otra persona. Una de las veces llevó de compañera á la señora de Hart O'Berg, esposa de su asociado, que ha sido la primera mujer que ha volado en ese aeroplano. Dicha señora ha explicado las sensaciones que experimentó en su viaje aéreo en las siguientes líneas, publicadas en *Le Figaro* de París:

«Me pregunta usted sobre mis impresiones y voy á comunicárselas. Antes del vuelo: el deseo de volar, de cernerme en los aires, y un aceleramiento de los latidos del corazón en el momento de ser lanzado el aparato. Durante el vuelo: la admiración profunda por el genio de Wright y por su tranquilidad, que obliga al que va con él á confiar absolutamente en su aparato. Después del vuelo: un poco de orgullo por haber sido la primera mujer que realmente ha volado.»

Al día siguiente realizáronse las primeras pruebas oficiales en presencia de la comisión científica que ha de dictaminar sobre si el aparato cumple las condiciones del contrato firmado entre Wright y el comité Weiller. El resultado de esos ensayos fué enteramente satisfactorio, habiendo, por consiguiente, el inventor ganado la mitad del precio de 500.000 francos convenido. La otra mitad la recibirá cuando haya instruído á tres pilotos. Estos tres pilotos serán el conde de Lambert, un oficial designado por el ministerio de Marina y otro designado por el ministerio de la Guerra de Francia.

El comité Weiller, según parece, ha encargado ya la construcción de 50 aeroplanos, algunos de los cuales están ya vendidos por 25.000 francos. Es probable que el ministro de Marina encargue 50 aeroplanos destinados á la defensa de las costas y para cuyas pruebas se instalará un campo en Dunkerque.



La señora de Hart O'Berg en el aeroplano Wilbur Wright antes de emprender el vuelo que realizó en el campo del Mans el día 9 de los corrientes. Ha sido la primera mujer que ha volado en ese aparato. (De fotografía de M. Branger.)

LONDRES.—LA CARRERA DE MARATÓN

El periódico londinense *Daily Mail* organizó una repetición de la carrera de Maratón efectuada hace poco más de dos meses con ocasión de los Juegos Olímpicos y de la que nos ocupamos en el número 1.388 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El trayecto que debía recorrerse era el mismo de entonces, es decir, desde el castillo de Windsor al Estadio de la Exposición Franco-Británica, y el premio ofrecido por el citado periódico importaba 2.500 francos.

Tomaron parte en la carrera los mejores profesionales de varias naciones, pero especialmente franceses é ingleses, habiendo resultado vencedor el francés Enrique Siret, quien hizo el recorrido en 2 horas, 33 minutos y 22 segundos, ó sea en 22 minutos menos que el italiano Dorando, que fué, como recordarán nuestros lectores, el primero en llegar á la meta en la ocasión antes citada.

Siret ha ganado tres veces la Vuelta alrededor de París, la carrera del Maratón italiano hace pocos días y últimamente, también en París, la carrera de la hora.

Los cinco corredores clasificados después del vencedor fueron: White, inglés (2 h. 40 m.); Keywood, inglés (2 h. 41 m.); Crudgington, inglés (2 h. 42 m.); Aldridge, inglés (2 h. 42 m. 51 s.), y Orphée, francés (2 h. 48 m.).—S.

Londres.—La carrera de Maratón para profesionales, efectuada el día 10 de los corrientes. Los corredores antes de emprender la carrera
(De fotografía de Underwood y Underwood.)

SERRANOS SALMANTINOS, reproducción de una fotografía obtenida por el sistema Rawlin,

por Wenceslao Miralles y expuesta en el Salón Parés, de esta ciudad

PENITAS, reproducción de una fotografía obtenida por el sistema Rawlin,

por Wenceslao Miralles y expuesta en el Salón Parés, de esta ciudad

NUEVO APARATO PARA EL SALVAMENTO

DE NÁUFRAGOS

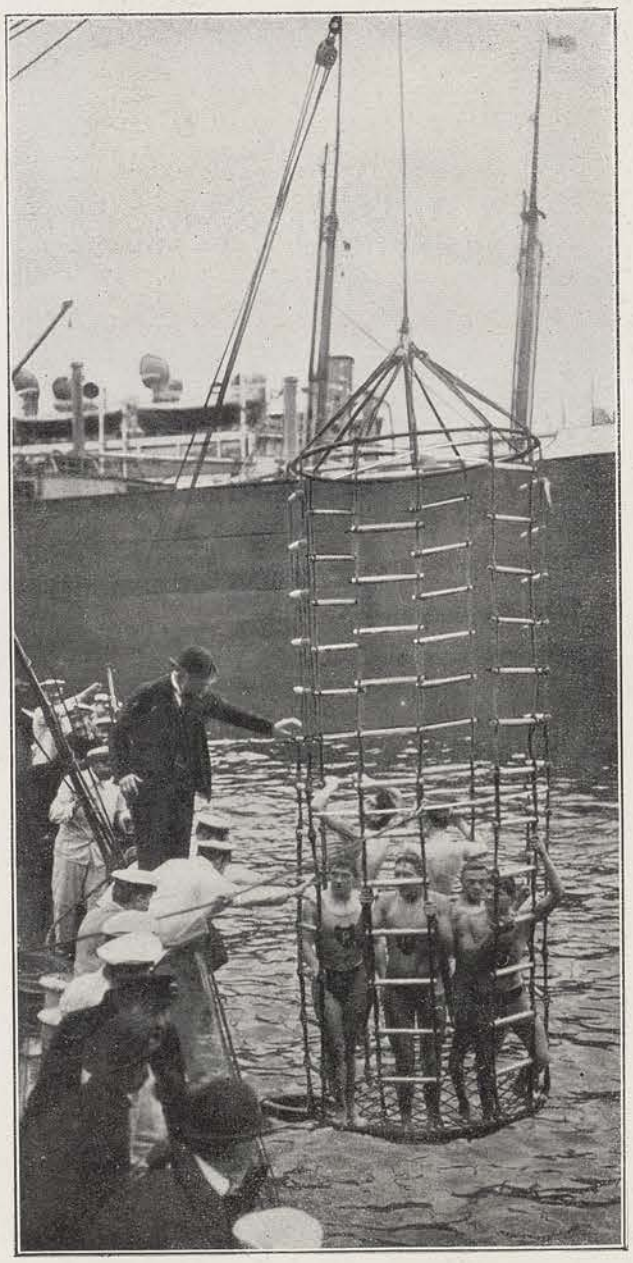
En la lucha contra los elementos, el esfuerzo del hombre resulta con mucha frecuencia estéril enfrente del poder de la naturaleza. Esta verdad puede aplicarse mejor que á nada al mar, cuyas tempestades han hecho fracasar hasta ahora todos los medios que para combatirlas ó para evitar sus terribles efectos han ideado los más ingeniosos inventores.

En efecto, es infinito el número de los aparatos y sistemas ensayados para el socorro de los náufragos, y, sin embargo, todos son de una eficacia á menudo dudosa y siempre insuficiente. El más generalizado de ellos, la boya de salvamento, dista mucho de satisfacer á todas las exigencias, puesto que se halla á merced de las olas cuando el mar está alborotado, lo que sucede las más de las veces en caso de naufragio; de suerte que como medio de salvamento es un medio altamente aleatorio.

El Sr. Sinckel, de Hamburgo, ha inventado recientemente un aparato cuya mejor recomendación queda hecha diciendo que ha sido adoptado por la poderosa compañía Hamburguesa-Americana, la cual lo ha instalado ya en muchos de sus vapores. Su disposición es muy sencilla: tres círculos colocados horizontalmente y seis escalas de cuerda puestas verticalmente constituyen el aparato, cuya base está formada por un sistema de redes, y cuya parte superior va fija á una polea que alcanza á gran distancia. El aparato, que doblado ocupa muy poco sitio, se monta con gran rapidez y en cada inmersión puede subir á la superficie 36 personas; es sumamente práctico, porque cualquier náufrago, aun las mujeres y los niños, pueden encaramarse con facilidad en la escala de cuerda, y su misma forma, que tiene algo de jaula y de red de pescador, puede contener todos los objetos y todas las personas que encuentra á su paso.

PODOSCAFO INVENTADO POR FERNANDO LOUIS

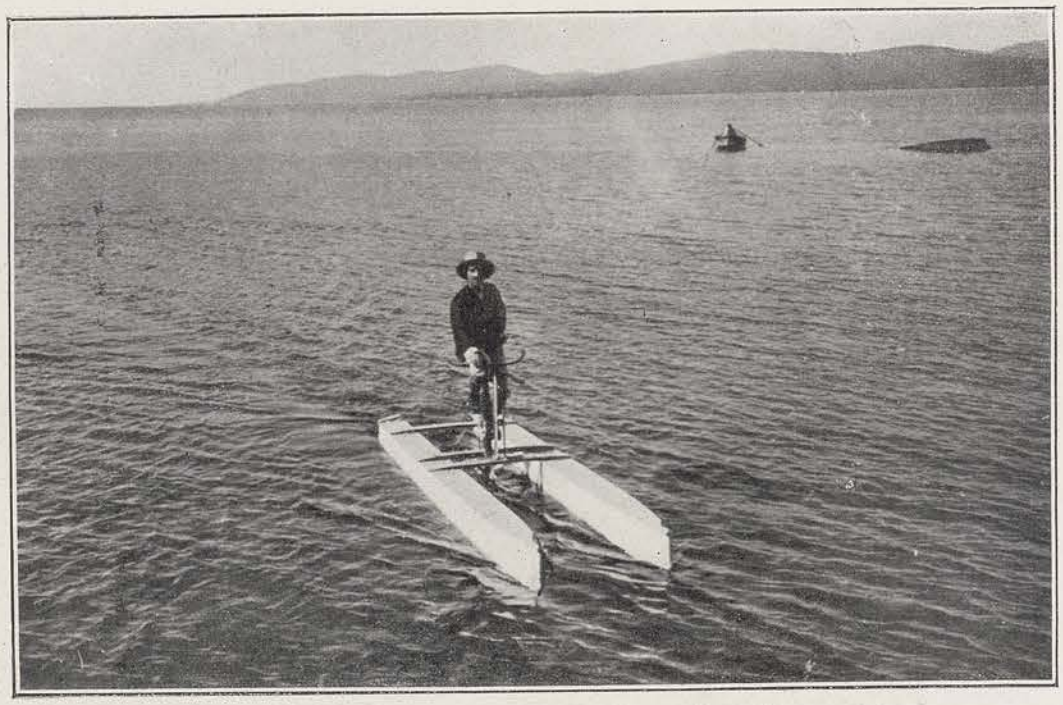
Más afortunado que los demás inventores que le han precedido, el Sr. Louis ha obtenido hace poco resultados concluyentes con su podoscafo, montado en el cual ha recorrido en 45 minutos la distancia de seis kilómetros que separa Saint-Aygulf y Saint-Raphael, en la Costa Azul, continuando luego sus evoluciones durante cerca de dos horas con el mayor éxito.



Nuevo aparato para el salvamento de náufragos, inventado por el Sr. Sinckel, de Hamburgo, y adoptado por la poderosa Compañía Hamburguesa-Americana. (De fotografía de Trampus.)

El podoscafo, como es sabido, viene á ser la bicicleta acuática; el del Sr. Louis se compone de dos tubos flotadores paralelos, de sección rectangular y de cuatro metros de largo, separados, de eje á eje, por una distancia de 70 centímetros. Un piñón ovalado que gobierna la hélice por medio de una cadena, es el órgano mecánico principal de ese aparato y permite al piloto pedalear sin esfuerzos ni fatiga y recorrer rápidamente muchos kilómetros. La estabilidad está asegurada por la distancia que media entre los dos flotadores.

De las pruebas realizadas por el inventor parece poder deducirse que ese podoscafo es verdaderamente práctico y puede ser el iniciador de ese nuevo medio de locomoción.



Podoscafo, inventado por Fernando Louis, alumno de la Escuela práctica de Electricidad de París y recientemente ensayado con éxito satisfactorio en la Costa Azul. (De fotografía de Carlos Trampus.)

FOTOGRAFÍAS OBTENIDAS

POR EL SISTEMA RAWLIN,

OBRA DE WESCESLAO MIRALLES (SALÓN PARÉS)

(Véanse los grabados de las págs. 688 y 689)

Llaman justamente la atención de los inteligentes las hermosas fotografías, en varios colores, obtenidas por el procedimiento de tintas grasas por el inteligente aficionado D. Wesceslao Miralles, que se hallan expuestas en el Salón Parés. Todas ellas son verdaderos cuadros, dispuestos con la inteligencia y buen gusto propios de un artista, que evocan el recuerdo, así por los tipos como por los trajes y fondos, de la región salmantina, tan digna de estudio y tan pintoresca.

El procedimiento empleado por el Sr. Miralles es harto difícil y complicado, precisando, aparte de la disposición del cuadro viviente que se reproduzca, conocimientos muy especiales para salvar las grandes dificultades que ofrece la obtención, en la que el tono y la habilidad han de aportar igual concurso que la inteligencia. Después de obtenida la impresión, sométese ésta á diversos baños que borran por completo el cuadro impresionado, convirtiendo en un relieve las figuras reproducidas en la antes superficie plana del papel, que así dispuesto va recibiendo las coloraciones de las tintas grasas, aplicadas por medio de una pequeña brocha, necesitándose, según ya hemos dicho, mucho acierto y habilidad, puesto que fácilmente se malogra la operación. Hay que advertir que este sistema empleado con éxito en Francia é Inglaterra, se limita á la aplicación de una sola tonalidad, en tanto que el Sr. Miralles avalora la obra con el aditamento de varios colores que complican extraordinariamente la ejecución, pero le prestan mayor encanto.

Plácemes merece nuestro amigo por los bellos resultados obtenidos, que confirman su competencia y buen gusto, mejorando el procedimiento de tal suerte, que convierte en genuina producción artística la obra fotográfica.

Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con grandísimo éxito en el Eldorado *Las de Caín*, bellísima comedia en tres actos de los hermanos Alvarez Quintero, y en el Principal *Joventut de princep*, traducción catalana de la comedia alemana en cinco actos de Guillermo Meyer Forter *Alt Heidelberg*, hecha por los Sres. Costa y Jordá y para la cual han pintado dos bonitas decoraciones los Sres. Brunet y Pons. También se han estrenado con aplauso en Romea *La carretera nova* y *De pesca*, piezas en un acto de José Burgas y Pablo Parellada respectivamente.

Palacio de la Música Catalana. – Se han dado dos conciertos dirigidos por el Sr. Lasalle, con una orquesta de 100 profesores, y otros dos por el famoso violoncelista Sr. Casals y el notable pianista Sr. Socías. En los primeros ejecutáronse de una manera irreprochable la *Sinfonía n.º 14 en re mayor*, de Haydn; la *Sexta sinfonía (Patética)*, de Tchaikowski; *Gudrun*, poema sinfónico de G. Cords; la *Sexta sinfonía (Pastoral)*, de Beethoven; las oberturas *Polonia*, *Columbus* y *Faust*, de Wagner; una *Serenata*, de León Weiner, y *Queixa*, bellísima composición de F. Montserrat Ayerbe. El maestro Lasalle y la orquesta fueron objeto de continuas ovaciones.

En los conciertos Casals-Socías, el primero tocó de un modo maravilloso la *Suite en do* y un *Aria*, de Bach; las *Variaciones sinfónicas*, de Boellmann, y cuatro sonatas de Beethoven, Rontgen, Casella y Moor, perfectamente acompañadas al piano por el Sr. Socías. Este ejecutó solo y admirablemente *Humoresque*, de Schumann; *Fantasía cromática y fuga*, de Bach, y una pieza de Listz. Uno y otro fueron aplaudidos con gran entusiasmo.

MADRID. – Se ha estrenado con buen éxito: en la Comedia, la citada obra de los hermanos Alvarez Quintero *Las de Caín*, y en el Español *La nube*, comedia dramática en tres actos y un epílogo de Ceferino Palencia.

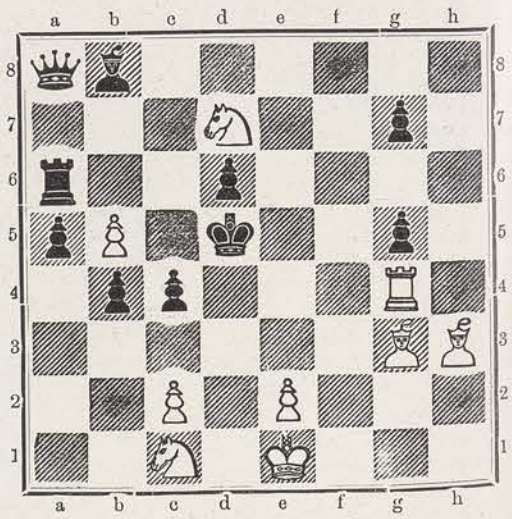
PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *Le petit Fouchard*, comedia en tres actos de C. Raymond y B. Sylvane; en el Vaudeville *La maison d'ordre*, adaptación al francés por J. W. Bienstock y Bazalgette de la comedia inglesa de Pineiro *His house in order;* y en el teatro Antoine *L'auberge rouge*, drama en dos actos de Sergio Basset, y *Repudiée*, comedia en tres actos de Luisa Dartigue.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 509, POR V. MARÍN

1.er premio *ex-æquo* del Concurso de «Deutsche Schachzeitung» 1905.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cinco jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 508, POR V. MARÍN

Blancas	Negras.
1. T c 3 × c 4	1. T b 4 × c 4 jaque
2. d 2 - d 4	2. T c 4 × d 4 jaque
3. C e 5 - g 4 mate.	

VARIANTES.

1..... R f 6 - e 6; 2. d 2 - d 4, etc.
T b 4 × b 2; 2. T c 4 - f 4 jaq., etc.
T b 4 × a 4; 2. T c 4 - f 4 jaq. ó D b 2 - b 6 jaq., etc.
Otra jugada; 2. T c 4 - c 6 ó f 4 mate.

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Apoyada la frente en los cristales de la ventana, permaneció largo rato contemplando el paisaje

«Esta sería la verdadera prueba de amor—pensó,—la que se da á costa de uno mismo. Indudablemente Juana saldría de la casa á pesar de todo; pero suponiendo que la sorprendieran, desde el momento en que la encontrarían sola, no habría medio de atribuir su acto á otra cosa que á un capricho de joven.»

Su vacilación duró dos minutos; pero después sintió una necesidad invencible de corresponder al amor de Juana con amor, á su valentía con valentía, y aceptó que todo el mundo dudase de él, mas no de ella.

«Sé muy bien que en todo esto hay una buena parte de egoísmo; pero sin esta parte de egoísmo, ¿qué sería mi amor? También sería un acto egoísta dar mi vida por Juana, porque al darla lo haría esperando de ella un amor más grande hacia mí. Puedo soñar con todos los sacrificios, menos con el de obrar para que Juana no me ame.»

Y al pensar esto lanzó un suspiro. El viento agitó las ramas con furia, arrancando algunas hojas, y en medio de aquel ruido Pedro creyó oir algunas voces; y aunque luego comprendió que era una ilusión, escondióse detrás de un macizo y permaneció largo rato inmóvil, palpitante, como liebre acosada por los cazadores.

—¡Ah!, murmuró. Los seres civilizados hemos perdido el sentido de la aventura. Un perro estaría seguro y tranquilo en este sendero, y yo no puedo conservar mi sangre fría.

Poco á poco, sin embargo, iba avanzando hasta llegar á la vista de la ventana del cuarto de Juana, en donde le pareció que una mano descorría una cortinilla de seda. Entonces ya no vaciló y se dirigió resueltamente hacia la estatua del Discóbolo.

El lugar estaba bien elegido, porque sólo desde la ventana de la habitación de Juana podía verse. Allí permaneció Pedro quieto, sintiendo lo que debe sentir un centinela bajo el fuego del enemigo. Transcurrieron algunos minutos y de nuevo pareció que una mano descorría las cortinas de la ventana. Pocos segundos después, apareció en el ángulo de la casa una figura de mujer, envuelta en un guardapolvo y con un velo ajustado á la cara. Pedro, sorprendido de aquel traje, cumplió las instrucciones del billete y se encaminó hacia el sitio en donde los árboles proyectaban mayor sombra.

Y así anduvo, sin atreverse á mirar atrás, hasta la poterna. La luz de la luna, atravesando el follaje, sembraba el suelo y los troncos de los árboles de manchas redondas y azuladas; los ladridos de los perros eran cada vez más lejanos, y del bosque se desprendía un ambiente fresco. Dervilly oía detrás de sí los pasitos de la joven, y toda aquella aventura parecíale á la vez encantadora y pueril; preguntábase qué pretendía Juana y por qué llevaba aquel traje de viaje. ¿Habría resuelto huir? En tal caso, ¿qué haría él? Tiempo tuvo para pensarlo, pero no lo pensó, pasando de una idea á otra sin fijarse en ninguna.

Parecíale, sin embargo, que tendría energía suficiente para alejar á Juana, salvándola de sí misma; pero en seguida temblaba ante la posibilidad de perderla cuando se le presentaba una ocasión única para hacerla suya.

Al fin llegó á la poterna, entreabrióla, y viendo que estaba allí el automóvil, volvióse hacia su seguidora, la cual apresuró el paso y aun corrió un poco. Un momento después, Pedro tenía entre sus brazos aquella figura flexible, joven, fresca.

—¡Qué imprudencia, querida Juana!, exclamó estrechándola sobre su pecho.

Pero la joven, sin detenerse, abrió la puerta y encaminóse hacia el automóvil.

—¡Por Dios!, gritó Pedro. No se comprometa usted más, se lo suplico, porque...

Sin terminar la frase, quedóse estupefacto. Una sombra corpulenta habíase puesto de pie en el automóvil, y en el silencio de la noche oyóse la voz del almirante.

—¡Desgraciado! ¿Qué ibas á hacer? ¿Sabes por ventura quién es tu compañera? ¡Ea, miss Esther, quítese por un momento el velo!

Pedro retrocedió espantado.

—Eres víctima de una broma de mal género, llamémosla así, continuó diciendo el marino, y la cuestión es que salgas bien librado de ella. Todo lo tengo preparado para que así sea. Suba usted con nosotros, miss Esther; Pedro nos llevará donde yo le diré. ¡Valiente papel me hacen desempeñar ustedes!

—Pero, padrino, ¿cómo sabía usted?..

—Te lo diré luego... Ante todo conviene que salvemos una situación en extremo comprometida. No creo que haya gran peligro para miss Esther en desandar el camino por donde ha venido; pero en la duda, vale más que regrese á la casa por otro.

—¡Soy muy desgraciada!, exclamó la joven deshaciéndose en sollozos.

—Es un mal trago que hay que pasar... Se han burlado de usted.

—¿Pero por qué Dervilly me llama Juana?, dijo llorando la inglesa. Bien sabe que me llamo Esther...

Seguramente el almirante creyó inútil revelar aquel misterio á la joven, pues á una señal suya, Pedro dió vuelta al manubrio, empuñó el volante, y el automóvil giró y echó á correr entre las sombras de la noche.

IX

Juana se había retirado á su cuarto. Los acontecimientos de aquella larga jornada desfilaban por su mente, y ella los iba recordando sin gran placer, á causa de la fatiga, de la tensión que había sentido. Quiso reunir sus ideas y serenarse, y sentóse ante un pequeño escritorio en donde guardaba su correspondencia. De pronto, vió encima de aquel mueble un sobre escrito con esa letra torcida que es la letra de los anónimos.

«¿Qué es esto?,» pensó cogiendo aquella misiva singular sin abrirla.

Después de unos minutos de vacilación, resolvióse á leerla, temiendo que fuese Pedro quien se hubiese valido de tal procedimiento.

La carta no contenía más que esta frase:

«Se le suplica que á media noche descorra la cortinilla de la ventana y mire hacia el Discóbolo.»

«¡Imprudente!—murmuró Juana.—¡Volver á media noche al parque! ¿Y para qué? Si alguien le sorprende, se hallará en la situación más humillante.»

Pensaba poco en sí misma; por otra parte, ella no corría ningún peligro, puesto que Pedro había seguramente acometido aquella locura resuelto á cargar él solo con las consecuencias. Pero de todos modos el enigma resultaba extraño, y Juana, á medida que examinaba con más atención la carta, encontraba en ella nuevas rarezas. ¿Qué significaba, por ejemplo, aquella idea de pedirle que descorriese la cortina?

«Es incomprensible—pensó;—nunca hubiera dicho que el Sr. Dervilly cometiese semejante locura.»

Tenía de Pedro el concepto más elevado y estimaba en mucho su altivez, su valor y también el tacto que en todas ocasiones demostraba. ¡Era posible que un hombre como él hubiese escrito aquel billete extraordinario! Cogió de nuevo el sobre, estudió cuidadosamente su escritura y no encontró ningún parecido con la de Pedro.

«¿Se habrá, pues, entretenido en desfigurar su letra?»

Después reflexionó sobre la manera como la carta había llegado á sus manos. ¿Quién la había dejado allí? ¿Había que suponer que Pedro hubiese logrado la complicidad de un criado, ó bien él mismo?..

«Esta última hipótesis es la única que puedo admitir, porque es imposible que haya querido comprometerme confiando nuestro secreto á una tercera persona; pero, por otra parte, es inverosímil que haya llegado hasta aquí ocultamente, como un ladrón.»

Sin embargo, había oído hablar á menudo de actos temerarios cometidos por los enamorados, y en las pocas novelas que le permitían leer, podía adivinar cierto espíritu audaz que impulsaba á los jóvenes á la extravagancia. Mas no era su carácter á propósito para estas cosas; precisamente Dervilly le gustaba por su noble sencillez, por su inteligencia tranquila, por su calma, por su sangre fría, que no le abandonaban nunca. Todas las palabras pronunciadas por Pedro en la entrevista de aquella tarde respiraban un profundo respeto al par que un amor profundo, y siendo así, ¿qué significaba aquello?

Un pequeño reloj que había en el cuarto dió las once.

«Voy á acostarme—pensó Juana—y á no responder á esa necia invitación.»

Pero ella, tan acostumbrada á hacer lo que quería, aquella noche no pudo dominar la contradicción que se había enseñoreado de su espíritu; y se irritó de no poder dominarla, como se irritan aquellos á quienes la esclavitud pasional sojuzga por vez primera. En la misma hora en que Pedro acudía de mala gana á aquella cita que le parecía una imprudencia, Juana trataba en vano de resistir á los sentimientos que se agitaban en el fondo de su alma.

Joven de educación delicada, tenía tendencia á una filosofía suave, pero firme; veía perfectamente el mal de este mundo, y detestándolo, no se asustaba de él, porque sentía en su corazón la gran corriente de caridad que ha de atenuarlo. Las inquietudes que con frecuencia causan estragos en las almas jóvenes, no hacían presa en ella; su vida era sencilla y se formaba de dulzuras que en ella se renovaban al través de los siglos. El amor á la naturaleza casi bastaba á ocupar toda su existencia; agradábanle la belleza de las flores y la hermosa labor de la tierra, que se adorna de un modo distinto según las estaciones, y la colmaban de alegría los crepúsculos que se prolongaban hacia Occidente, con la impresión de ensueño que los acompaña; la lluvia que empapaba los céspedes y el viento que movía las ramas.

En una naturaleza como la suya apenas cabía lo novelesco; Juana había de amar con cariño fiel y con la preocupación de los grandes deberes que debía cumplir, así es que la situación en que la ponía el billete encontrado sobre su escritorio no podía ser de su agrado, porque ni era franca ni estaba justificada por los acontecimientos.

Y sin embargo, no se acostó. A las doce menos cuarto oyó unos pasos leves en el corredor al cual daba la puerta de su cuarto, y su primera idea fué abrir esa puerta; pero luego pensó que si alguien la viese se extrañaría de que todavía estuviese levantada, y no se movió. Poco después oyó rechinar una puerta.

A pesar suyo, sintióse emocionada. En aquel momento dieron las doce. La ventana la atraía como el abismo atrae á los que padecen de vértigo, y después de una nueva lucha corrió hacia ella.

Junto á la estatua del Discóbolo é iluminada por la luna, veíase una figura en la que fácilmente reconoció á Pedro.

La vista del joven le causó cólera y miedo á la vez, y al pensar que otros podían verle, decidió lograr de él que se alejara, y haciendo lo que le pedía en el billete, descorrió un poco la cortinilla y se acercó á mirar al través de los cristales. Vió entonces á una mujer, envuelta en un guardapolvo, que se dirigía al sitio en donde estaba Pedro, y á duras penas pudo contener un grito. De pronto Dervilly echó á andar, desapareciendo por un camino sombrío, y la joven del guardapolvo le siguió.

«¡Pero si es Esther!»

El alma de Juana se sublevó, y la indignación pareció matar en ella el amor y con el amor hasta los celos. Sentía á la vez desprecio hacia Pedro y despecho por haber sido tan infamemente engañada. Cuando las dos sombras hubieron desaparecido, retiróse de la ventana y se echó en su lecho. Latíale el corazón con violencia y le parecía ver en el mundo abismos de maldad.

Cedió al fin su pena y Juana se asombró de pensar aún en Pedro. ¿Era posible que éste hubiese cometido tan extraña acción? ¿Qué se proponía, pues, al procurar obtener el amor de una Veraines? ¿La fortuna? ¿Y cómo el almirante, tan sagaz, se había engañado hasta tal punto respecto de su joven amigo?

Todas estas preguntas acudían en tropel á su pensamiento, como acuden á todos los corazones conturbados, causando en ellos estragos profundos y quebrantando esa firme base de nuestro carácter, la confianza en la lealtad, en la bondad, en la justicia de ciertos elegidos. Pedro había sido para ella uno de estos elegidos, y si él, tan noble en apariencia, claudicaba, ¡qué sería de los demás!

Así se torturaba con preguntas incontestables y con hipótesis confusas, cuando oyó el mismo ruido de puerta que antes y los mismos pasos á lo largo del corredor, y cediendo al impulso de curiosidad que por entero la dominaba, salió furtivamente de su cuarto. En los corredores, iluminados por opacas luces eléctricas, reinaba un silencio solemne. El que comunicaba con la habitación de Juana era muy largo, y gracias á esta circunstancia pudo la joven ver desaparecer, rápida y ligera, en el ángulo del fondo, á la dama del guardapolvo. Juana corrió lo bastante para comprobar que aquella mujer entraba en el cuarto de Esther Lavisham.

«Es, en efecto, Esther,» murmuró.

Quedóse un momento inmóvil y sofocada, cuando un nuevo ruido de pasos anunció la presencia de otro noctámbulo que se retiraba á su habitación.

«¿Qué significa esto?,» pensó Juana situándose de modo que pudiese explorar todo el corredor, por donde avanzaba una figura corpulenta en la que fácilmente reconoció al almirante, á pesar del capote de color de tierra que llevaba puesto. Juana temió verse sorprendida; pero de pronto recordó que allí cerca había una antecámara que precedía á las habitaciones ocupadas generalmente por las familias que tenían niños pequeños, antecámara en aquella ocasión no habitada por nadie y cuya puerta permanecía abierta, y apenas tuvo el tiempo justo de penetrar en ella sin ser vista. El almirante pasó por su lado y siguió su camino hasta el cuarto de Esther; llamó suavemente á la puerta y la inglesa abrió. Jacobo Carlos no entró en la habitación, limitándose á amonestar suavemente desde el umbral á la joven, que le escuchaba con la cabeza baja. Al fin Esther se retiró, y el almirante, con grandes precauciones, volvióse á su cuarto.

Reinó de nuevo el silencio en el corredor, y Juana regresó, con paso furtivo, á su habitación, adonde llegó como alelada á causa de la novedad de las sensaciones que la invadían. Haber sido hasta entonces una joven de alma tranquila y confiada, y verse de repente envuelta y arrastrada por una corriente impura de artificio, de infidelidad, de equívoco; no poder impedir que algo de esa corriente penetrase en ella, y sentir, á pesar suyo, pasiones tales como los celos y la venganza; todas esas sensaciones producían en Juana una lasitud como la que experimenta una persona molida á golpes.

Hasta después de mucho rato no consiguió ordenar sus ideas y deducir algunas conclusiones de aquella aventura. La falacia de Pedro parecióle evidente; Esther Lavisham era una víctima, y el bueno del almirante, sabedor por casualidad de los proyectos de su pupilo, había salvado á la infeliz inglesa.

Juana aceptó esas hipótesis como lógicas, pero no pudo evitar una lucha interna, en medio de la cual percibía la imposibilidad de atribuir á Pedro tan vil papel.

«Seguramente—pensó—carezco de experiencia y me figuro que se puede juzgar á un hombre por algunas palabras.»

Entonces quebróse la cabeza procurando descubrir algo más, ya que la intervención del almirante parecíale en extremo misteriosa. Acordábase Juana de que el marino la había estrechado sobre su corazón, como si hubiese adivinado su simpatía por Pedro. ¿Habría querido obligar á su ahijado á casarse con la heredera? ¿Amaría Dervilly á la inglesa, y á ella la cortejaría sólo por obedecer á su padrino?

«¡No! Esto sería absurdo. Por mucho que mi tío ame al Sr. Dervilly, no me sacrificaría á él. Pensar otra cosa sería inferir agravio á su carácter.»

La pobre muchacha sentíase desfallecer de angustia. Fatigados su corazón y su mente por aquella noche pasada en vela y en lucha con tantas contradicciones, sentía deseos de dormir y de llorar al mismo tiempo. Apoyada la frente en los cristales de la ventana, permaneció largo rato contemplando el paisaje, los húmedos rayos de la luna, las sombras más alongadas de los árboles, y ante el contraste del encanto exquisito de las cosas con su pena, sollozó suavemente y derramó esas primeras lágrimas que derramamos al contacto de la realidad verdadera, de la realidad que no vemos al amparo de una madre ó de un padre, sino que surge repentinamente delante de nosotros, feroz, implacable, haciéndonos ver que nada somos aun viviendo en las posiciones más privilegiadas del mundo.

X

El almirante estaba demasiado acostumbrado á pasar de vez en cuando una noche en claro para mostrarse malhumorado cuando á la mañana siguiente, muy temprano, le despertó Corentino para afeitarle. Tomó alegremente su ducha fría, se comió una lonja de tocino en una rebanada de pan de centeno, bebióse una taza de café y salió al parque... La mañana, en aquella hora de frescura, estaba deliciosa; la hierba, al evaporarse el rocío sobre ella depositado durante la noche, embalsamaba el aire con su perfume; cantaban los mirlos en las copas de los árboles, y las abejas comenzaban á rondar por los céspedes y los macizos de flores.

El marino recordó tantas otras mañanas en las que salía de su camarote á bordo del *Buitre* ó del *Perseverante;* el mar tenía el color indeciso del sílice, la niebla envolvía el horizonte y el viento traía una llovizna salada que refrescaba las sienes. El puente estaba irreprochablemente limpio, y los poderosos motores sacudían el buque. Todo, lo mismo la arboladura que los tripulantes, daba una impresión de fuerza ruda, en la que parecían más fáciles, así la vida como la muerte, anegadas en el vasto universo.

Y saboreó el contraste que ambos espectáculos ofrecían á su espíritu. En él se agitaban dos hombres: el que había huído de la casa paterna y buscado el peligro, y el que amaba las ciencias y las artes, el gabinete del sabio y la lámpara que por la noche proyectaba su claridad sobre libros y papeles; uno, que era el rudo almirante Veraines, á quien el gobierno podía confiar las tareas más difíciles, el mejor marino de Francia, que parecía leer en el fondo del mar, según la habilidad con que evitaba los escollos y las rompientes, que son la muerte de los acorazados; y otro, que era el hijo cariñoso, el hombre humanitario y bondadoso por excelencia, el padre adoptivo del hijo de su amigo, padre tan diligente, tan afectuoso, que seguramente jamás se habría atrevido el muchacho á decir que su padre verdadero le hubiese prodigado mayores cuidados ni dado pruebas de más abnegación.

«No faltaba otra cosa que el estúpido bromazo de anoche para que Pedro se resista más aún á esa ruptura que, en el caso presente, es la suprema sabiduría.»

Antes de separarse, la noche pasada, y mientras Esther Lavisham permanecía algo apartada, apoyada en un árbol, el almirante había intentado por última vez convencer á su ahijado; pero éste, si bien no se mostraba insensible á las razones de su amigo, sentía una rabia secreta contra el autor de la broma de que él había sido víctima.

—Hágase usted cargo de que Juana podía haberse enterado de lo sucedido, y creerme bastante infame para hacerle la corte á ella mientras preparaba el rapto de Esther.

—Está tranquilo, habíale contestado el marino; Juana ignora é ignorará siempre esta aventura... Al pronto he creído, como tú, que todo esto obedecía á un motivo interesado; pero pensándolo bien considero más razonable no ver en ello más que una de esas bromas á que tan acostumbradas están las gentes de esta casa. Sólo Beverley podía sacar alguna ventaja de rebajarte en el ánimo de Juana; pero para lograr este objeto había de avisarla á ella, y obrase como quisiese, forzosamente debía desprestigiarse ó

descubrirse. Una de dos: ó mi sobrina lo ignora todo, ó sabe que tú no te figurabas huir con Esther.

—Por desgracia basta y sobra con que se imagine esto; porque, siendo así, puede suponer que yo habría aceptado el huir con ella, cuando bien sabe usted que no ha sido nunca esta mi intención. Beverley puede haberse propuesto ponerme de este modo en ridículo.

—Beverley no es un imbécil... En novecientos noventa y nueve casos de mil, una mujer se sentirá conmovida, en vez de incomodada, si ve al hombre á quien ama cometer por ella una locura... ¿Crees tú que nuestro joven Maquiavelo inglés incurra en semejante tontería? Si lo crees así, le conoces mal. Te digo que ó no tiene nada que ver con esa broma, ó si tiene participación en ella se ha desprestigiado. Dejémosle, pues, el beneficio de la duda. Te prometo obtener explicaciones de Juana; confía en mí.

—Yo confío, padrino, y le suplico que ponga en juego toda su perspicacia para averiguar si Juana está enterada de la aventura.

—Te lo prometo, y tú, á tu vez, aléjate para siempre ó á lo menos por mucho tiempo.

—No puedo prometer nada sino después de haber vuelto á verla.

Después, Pedro había partido y el almirante pudo comprender hasta qué punto estaba indeciso, inquieto y nervioso. Para regresar á la quinta con Esther, adoptó el marino las mayores precauciones, y en el corto coloquio sostenido en el umbral del cuarto de la inglesa y que Juana había sorprendido, suplicó á aquélla que guardase silencio, y que opusiese una impasibilidad absoluta al autor del bromazo, que no dejaría, á su vez, de quedar algo embromado.

«Ahora sólo falta—pensó Jacobo Carlos—sacar en claro el punto de arranque del asunto... En mi concepto no hay más que dos autores posibles, Beverley ó Margarita... Si aplico la regla jurídica del «busca á aquel á quien el crimen aprovecha,» el culpable es Beverley; pero si acepto la hipótesis de una simple travesura, es Margarita... Pero ésta no es más tonta que Fernando, y en el actual estado de cosas no tiene interés alguno en poner á Pedro en ridículo... ¿Habría, pues, que buscar á un tercer criminal? Pero es el caso que Corentino ha recibido de Luis la carta enviada á Esther.»

Reflexionó un instante, y luego se hizo el siguiente raciocinio:

«Es Beverley, sin duda alguna... Demasiado joven para comprender bien á Pedro, á pesar de ser compañeros de liceo, ha creído seguramente que Esther Lavisham llegaría á comprometer á mi ahijado y aun que éste mostraría cierta flaqueza en presencia de una muchacha bonita y enamorada... Y hasta hay una hipótesis más en relación con el carácter de Beverley y es que haya encontrado un medio de avisar á Juana; pero por más vueltas que le dé no puedo convencerme de que esa hipótesis sea buena... Admito que el joven lord se haya aventurado á una broma provechosa para él, pero ¡una felonía!..»

Y por más que caviló sobre aquel problema, no pudo deducir otras consecuencias.

«A falta de certeza, es preferible atenerse á la suposición de una simple broma; en casos como este nada se gana con pensar mal.»

Terminaba ese monólogo, cuando vió de lejos al Sr. de Veraines que se paseaba por la terraza. El anciano era, como su hijo, muy madrugador. El almirante se dirigió hacia él, pues sabía cuánto le agradaba á su padre platicar algunos minutos solo con su primogénito.

«En este sentimiento de mi padre—pensaba—hay un poco de todo: primeramente, la alegría de volver á tener consigo al hijo cuya cuna fué testigo de las primeras emociones de la paternidad; en segundo lugar, una cierta debilidad por el muchacho calavera; y por último, un respeto hacia mi independencia de espíritu y la certidumbre de encontrar en mí un cariño exento de toda preocupación de orgullo ó de dinero... ¡Qué historia más singular podría escribirse con los simples actos y hechos de los diez hijos Veraines, que á los ojos del mundo carecen de historia! El matrimonio de Juana, por ejemplo, que acabará de fijo por concertarse según las conveniencias sociales, está más lleno de complicaciones que la política. En él desempeño yo el papel de Alejandro, tratando de romper el nudo gordiano. ¿Adónde me llevará esto? ¿Adónde llevará á Pedro? ¡Son tan tontos los jóvenes! Por poco que se abroquelase, no en la pasión, sino en el orgullo, la comedia se convertiría en drama. Mientras sea yo el que mande en la compañía, el peligro no será muy grande; pero cada uno de esos personajes pretende representar su papel y puede suceder que Fernando humille á Pedro, que Juana resista á su corazón y que mi ahijado se pegue un tiro... Porque sólo por amor propio se suicida la gente... Juana me inspira muchas simpatías; pero se ha equivocado en punto á valor, pues el valor único, el verdadero, era la separación. Pedro y Juana han tramado seguramente algo... Qué sea ello no importa; basta que haya habido moratoria, ya que en amor, lo mismo que en los negocios, la moratoria es el primer paso de la quiebra. Si Juana no ha dicho «Nunca,» es lo mismo que si hubiese dicho «Siempre.» ¡Y cuántas tonterías seguirán á esta! Por fortuna, yo vigilo.»

Su padre, sentado en una silla rústica, hacíale señas para que se acercase; y el marino, apenas se hubo fijado en la expresión inquieta de su rostro, pensó:

«He aquí otro que ahora mismo va á comunicarme el gran secreto.»

Con toda intención no interrogó á su padre sobre la causa de su inquietud, y su silencio desconcertó al anciano, el cual díjose para sus adentros: «¡Cómo voy á sorprenderle y á fastidiarle con esa historia!»

—Papá, díjole el almirante, tengo que darte una buena noticia: tu yate está dispuesto. La semana pasada estuve en Dieppe y lo vi detenidamente; de modo que estoy á tu disposición para cruzar á tu antojo mares y océanos...

Y añadió con cierta perfidia:

—Podrías llevarte á Juana y á Elena, que no se marean y que son tan entusiastas del *yachting*... Yo, por mi parte, me llevaría á mi Pedro, de quien no sé prescindir...

«¡Qué lástima—pensó el Sr. de Veraines—tener que darle un disgusto!»

—Lord Beverley, continuó diciendo Jacobo Carlos, podrá seguirnos en su yate, llevando á bordo á los Blemont y á los Fournais. Sería un viaje ideal.

—Desgraciadamente, atrevióse á decir el padre, el ideal ha sido perfectamente definido cuando se ha dicho de él que es una esperanza que se mantiene siempre más allá de nuestras facultades... Me han contado cierta historia que haría en extremo difícil la presencia de Pedro en nuestro yate...

—¡Vaya, alguna calumnia!, replicó el almirante.

—No, no se trata de nada deshonroso..., sino que me han asegurado que ese joven no obraba con la debida prudencia respecto de Juana.

—¿Cómo?, exclamó el almirante. ¿Y tú lo crees?

—Lo sé de buena tinta... Más valdría que el señor Dervilly no volviese por aquí en algún tiempo.

—Y sin embargo, mi querido papá, hay que convenir en que otros yernos peores que él podría haber.

Veraines quedó sorprendido y no supo qué contestar, porque suponía que su hijo en este asunto sería revolucionario. El propio almirante le sacó de apuro.

—Haré lo que me pides, dijo, porque considero esa unión mala para Pedro, que, á pesar de todas sus buenas cualidades, no tiene el poder de variar las modas y las conveniencias. ¡Tanto peor para él! Por de pronto, he comenzado ya seriamente á desengañarle.

—¡Hola!, exclamó Veraines sonriéndose involuntariamente. ¿De modo que sabías algo?

—Lo sabía... Puedes contar conmigo, y á tu vez hazme la merced de creer que Pedro, en su género, vale tanto como lord Beverley. Mi antiguo amigo Dervilly, que murió siendo capitán de fragata, era uno de nuestros mejores amigos y el hombre de carácter más noble; su padre había disipado su herencia, que ascendía á un respetable número de millones, y jamás le oí lamentarse de ello. Soportó dignamente su pobreza y murió por salvar la vida á un timonel sorprendido por un tiburón... Yo vi cómo su sangre enrojecía el mar. Era todo un hombre y Pedro se le parece; quisiera que le estimases en lo que vale, y como sé que aprecias el mérito, puedo asegurarte que no perderías el tiempo si admirases á mi ahijado.

Veraines se emocionó, pero sólo superficialmente, como se emocionan los viejos.

—No deseo otra cosa, dijo, y si crees que en algo puedo serle útil, me proporcionarás un gran placer recurriendo á mí.

—Tú no eres más que un millonario, replicó el marino soltando la carcajada, y Pedro nada necesita, pues aparte de la locura de que hace un momento hablábamos, es un devorador de *x* y de *y*, uno de esos que viven en un perpetuo ensueño...

Las rarezas del almirante eran tan proverbiales, que Veraines no creyó deber asombrarse, ni siquiera cuando aquél añadió:

—Por otra parte, puede esperarse de él cualquiera cosa. Es un chico que posee grandes provisiones de genio, y no me extrañaría de que le hubiese gustado á Juana.

—¿Crees que le ha gustado?, preguntó el anciano tímidamente.

—Estoy seguro de ello.

—¡Vaya un fastidio! ¿A qué turbar así el alma de una muchacha, sabiendo que el matrimonio con ella es imposible?

—¿Acaso hay algo imposible para la juventud?, preguntó el almirante mirando con asombro á su padre.

En el rostro de éste pintóse un cierto espanto.

—¿De modo que ha llegado á creer?.., dijo.

—¡Diantre! Algo más ha hecho y Juana también, respondió Jacobo Carlos bruscamente.

—¿Algo más? ¿Qué quieres decir con esto?

—Que Pedro ama á Juana; que Juana no es indiferente á ese amor, y por último que, en cierto modo, uno y otro esperan en ese imposible de que tú hablas.

Veraines sintió una fuerte sacudida en todo su cuerpo.

—Lo que me dices me disgusta en extremo... ¿No te parece que estabas en el deber de avisarme?

—Nada supe hasta ayer por la mañana. Por otra parte, el mal no me parece muy grande, y creo haber convencido enteramente á Pedro.

Veraines estaba pálido y entre sus ojos se marcaba una arruga de irritación. Esa cólera pareció injusta al almirante, quien si desaprobaba la conducta de Dervilly, no era porque le juzgase indigno de Juana, sino tan sólo porque conocía la fuerza de una preocupación, fundada, por otra parte, en bases legítimas. Veraines se dió cuenta del mal efecto que producía.

—Mis ideas deben parecerte muy rancias, dijo; perdóname, pero es tanto lo que queremos á Juana...

—Esas ideas rancias son también las modernas, replicó el almirante con alguna rudeza; son las ideas de todos los tiempos, y Pedro ha sido un necio en no haberlo comprendido así. Pero no hay peligro de que olvide tan pronto la lección...

Titubeó un momento, no atreviéndose á formular una pregunta que se asomaba á sus labios; mas al fin se decidió:

—¿Tienes intención de imponer á Juana su enlace con lord Beverley?

—Imponer no; pero confío en que ella no le rechazará.

—¡Quién sabe!

—Pues bien: no la casaremos contra su voluntad.

El marino se sonrió con expresión un tanto escéptica.

«Hay tantas maneras de contrariar la voluntad de la gente,» pensó.

Mas comprendiendo que su padre ya se había espontaneado bastante aquel día, se calló, dispuesto á insistir en otra ocasión si era preciso. Tal vez Juana necesitaría ayuda, pues al marino se le había metido en la cabeza una idea que no por haber penetrado á pesar suyo, dejaba de persistir en ella cada vez más firme.

La mañana avanzaba con suave majestad. El sol ya no enrojecía las cumbres de las montañas; el cielo perdía sus vivos colores, y del césped se desprendía un vapor tenue, mientras un vaho violáceo envolvía las umbrías del bosque. El viento había cesado y ya no volvería á soplar hasta la caída de la tarde. Aquí y allí oíanse todavía los gorjeos de los pájaros, pero en general dominaba el silencio como impuesto por la proximidad del calor.

Padre é hijo permanecían callados, tranquilos ambos, pero el uno en la plenitud de su vigor y el otro en la semisomnolencia de la vejez; aquél dominado por la inquietud de un alma que siente la amargura de vivir, éste sumido en el sosiego de lo irremediable.

—Mi mayor felicidad la he sentido cuando todos vosotros erais pequeños, murmuró el padre. Hay en la infancia una dulzura misteriosa... Siempre he experimentado un placer infinito teniendo á un infante en mis brazos... Ahora todo es más abstracto... He de preferir vuestra felicidad á vuestra presencia... Por supuesto, que me gusta veros á todos reunidos, como hoy. ¡Cuán dichosa se habría sentido mi adorada Elena!

—¡Oh, sí!, exclamó melancólicamente el marino. ¡Pobre mamá!..

Y después de una corta pausa, añadió con un dejo de amargura:

—¡Es en verdad curioso! Tú, que tan bien has comprendido el amor y que tanto quisiste á mamá, no puedes explicarte que mi Dervilly y tu Juana...

—Parecíame que tú también..., respondió casi tímidamente el anciano.

—Sí, yo también... Tú y yo, que hablamos de todo ese pasado enternecedor, que sabemos lo que es la vida... Tú y yo...

—Por desgracia, esa es la vida precisamente, murmuró José Veraines.

(Se continuará.)

EN EL HIPÓDROMO DE LONGCHAMP (PARIS), el día de la carrera del Gran Premio Municipal

Últimas creaciones de la moda. (Fotografías de M. Branger.)

Falda-pantalón

Falda-túnica

Modelos de sombreros de grandes dimensiones

El domingo, día 4 de los corrientes, efectuóse en el hipódromo de Longchamp la carrera del gran premio del Consejo Municipal de París. Esta fiesta despierta gran interés, no sólo entre los aficionados al deporte hípico, sino también entre las mujeres elegantes; los primeros encuentran en ella el atractivo de una carrera reñida, puesto que en ella se disputa un premio de 100.000 francos, lo cual hace que tomen parte en la misma los mejores caballos de las cuadras francesas y de algunas extranjeras; y las segundas tienen aquella tarde ocasión de admirar las últimas creaciones de los más afamados modistos parisienses. Este año se han llevado la palma, puesto que han sido los que más han llamado la atención, los trajes de la casa Morin Blossier y en especial las llamadas faldas-pantalones y las faldas-túnicas. Para que nuestros lectores se formen idea del efecto que produjeron, copiaremos lo que acerca de ellas ha escrito un cronista en *Le Figaro* bajo el significativo título de «¿Adónde vamos?»

«Ayer hubo una pequeña revolución; realizóse en Longchamp; pero tranquilícense ustedes, no se trata de un atentado ni de una revolución política. Los que la presenciaron preguntáronse la causa de aquel repentino movimiento en torno de dos ó tres lindas muchachas; un círculo de curiosos las rodeaba, estorbando sus movimientos y casi avergonzándolas. «¡Es un escándalo!,» decían unos.—«Ciertamente; hay que confesar, sin embargo, que es bonito,» replicaban otros.—«Sí, pero ¿dónde vamos á parar?,» exclamaban muchos.

»Con gran trabajo pude acercarme á lo que era objeto del debate. Tratábase de una falda á primera vista como las demás; pero, y esto era lo que había provocado la discusión, que al andar ó á un ligero movimiento de mano de la que la llevaba, se abría, dejando al descubierto las piernas. La falda es realmente atrevida, mas no puede negarse que su elegancia hace que se mire con indulgencia su atrevimiento.»

No era esta que dejamos descrita la única falda *sensacional* que pudo verse en Longchamp; otra había más atrevida aún, la llamada falda pantalón, que, como puede verse en una de las fotografías reproducidas en esta página, excede á todos los atrevimientos hasta ahora vistos en trajes femeninos.

Aparte de las faldas, llamaron en alto grado la atención los sombreros de dimensiones colosales que lucían los modelos de las principales casas confeccionadoras. Apenas se concibe que haya cabeza humana que pueda soportar esas balumbas de plumas, lazos, flores, frutas, etc., etc., que la moda viene imponiendo de algún tiempo á esta parte á las mujeres y que cada día alcanzan más desmedidas proporciones. Serán todo lo elegantes que se quiera; pero si en vez de ser imposiciones de las modistas lo fueran de un legislador antifeminista, el sexo bello se levantaría en masa contra el tirano que las condenara á un tormento tan intolerable.

Váyales usted, sin embargo, con tales observaciones á las que rinden culto á la despótica diosa; precisamente el imperio de ésta se funda en la obediencia ciega de sus vasallos, que si discutiesen ó siquiera raciocinasen un poco ya dejarían de serlo. Y las mujeres, y muchos hombres también, seamos francos, pasan por todo antes que por faltar á las leyes de la moda, sean éstas como sean, ordenen lo que ordenen, aunque se trate de los mayores absurdos y hasta de las mayores inconveniencias; es más, diríase que cuanto más exageradas, cuanto más absurdas son sus imposiciones, tanto más gustosamente se acatan, como si la moda fuese incompatible con el sentido común.—P.

París.—Concurso del gran premio anual del Aero-Club de Francia, celebrado el día 4 de los corrientes
La multitud contemplando desde la plaza de la Concordia la salida de los aeróstatos. (De fotografía de M. Branger.)

Recientemente se ha efectuado en París el concurso internacional de globos, en que se ha disputado el gran premio anual del Aero-Club de Francia, y en el que han tomado parte los 18 aeróstatos siguientes: *Geneviève* (1.600 m. c.); *Almanzor* (1.600 m. c.); *Cambronne* (800 m. c.); *L'Aube* (1.240 m. c.); *Excelsior* (1.600 m. c.); *Quo Vadis* (1.200 m. c.); *Austerlitz* (1.600 m. c.); *Nervana* (1.600 m. c.); *Limousin* (1.200 m. c.); *Aero-Club II* (1.550 m. c.); *Djinn* (1.600 m. c.); *Espérance* (1.575 m. c.); *Centaure* (1.600 m. c.); *Le Charles* (1.437 m. c.); *Overstolz* (1.430 m. c.); *Abeille* (1.600 m. c.); *Mouche* (1.600 m. c.), y *Anjou* (1.200 m. c.). Exceptuando *L'Aube*, del Club Aeronáutico del Aube; el *Excelsior*, de la Academia Aeronáutica de Francia; *Le Charles*, del Aero-Club de Bélgica; el *Overstolz*, del Deutscher Luftschiffahrt Verband (Club de Aerostación Alemán), y *Anjou*, del Aeronáutico Club de Francia, todos los demás pertenecían al Aero-Club de Francia.

A las cuatro dióse la salida al globo piloto fuera de concurso, *Gay Lussac*, tripulado por los tres campeones designados por los aeronautas franceses para el concurso de la Copa Gordon Bennet, que ocho días después debía disputarse en Berlín, y á las cinco salieron los demás por el orden que dejamos indicado.

En la clasificación provisional correspondió el primer lugar á *Centaure*, pilotado por Jorge Blanchet y Edmundo Sirven, como ayudante, que cayó en Navecelles, cerca de Alais (Gard), después de haber permanecido en el aire 13 horas y 22 minutos y recorrido una distancia de 550 kilómetros.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
El que quiera ser Poderoso y Rico, ser Amado, que la Mala estrella le deje, que la Suerte vuelva,
TENER SALUD Y DICHA
pida el curioso librito (que se envía gratis) al mago Moorys's. 19, rue Mazagran, Paris.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

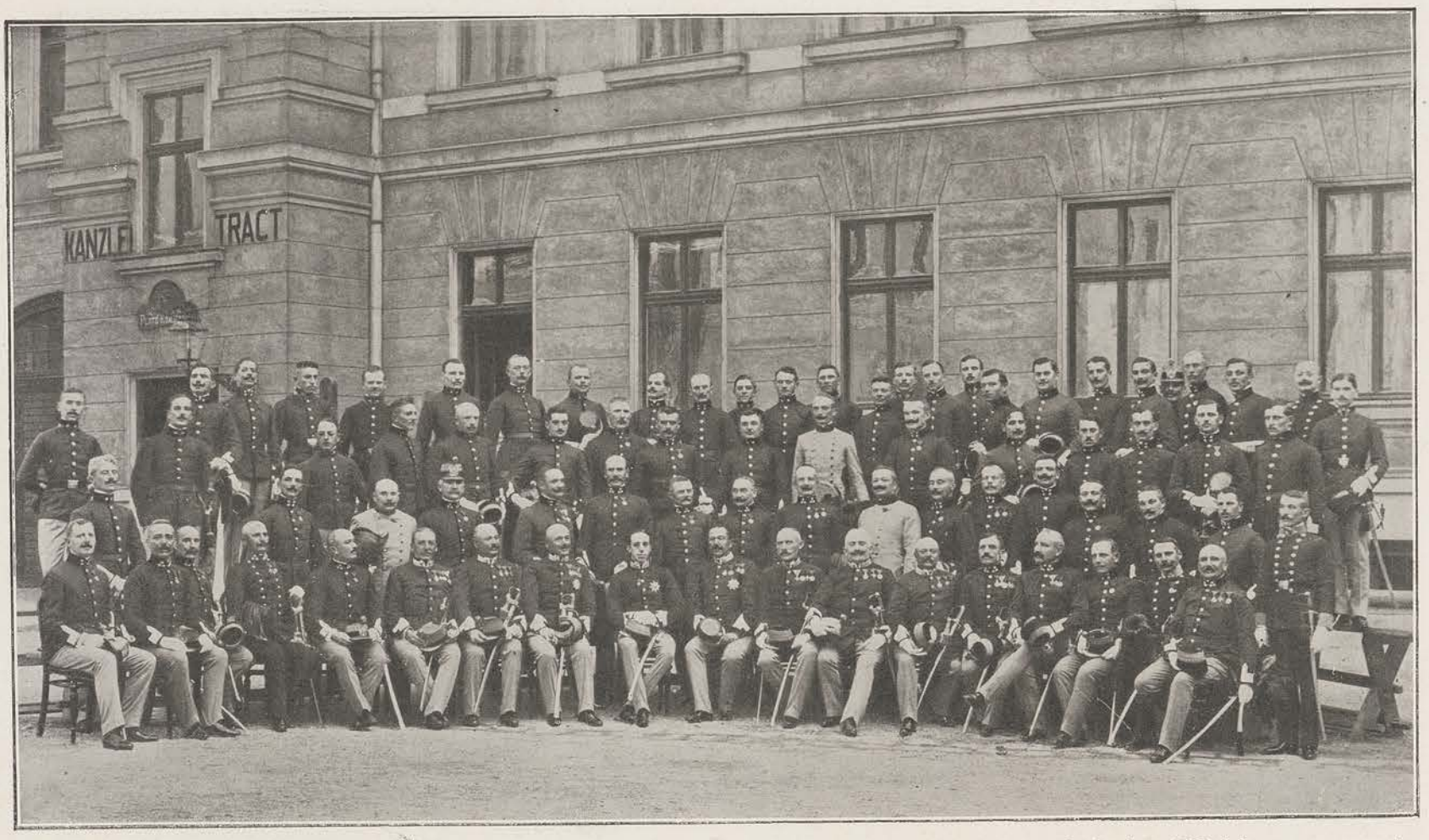
REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Todas las parisienses elegantes emplean la
Crema de Siva
que conserva á la piel su frescura y su aterciopelamiento, que evita las arrugas y las manchas de rojez, y que proteje al cutis contra las influencias atmosféricas.
COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES
57, rue St. Lazare, PARIS
DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS
Depositario en España
PÉREZ, MARTIN, VELASCO Y C.ª—MADRID
Depositario en Buenos Aires
MARCELINO BORDOY, 1150, VENEZUELA, 1154

HISTORIA GENERAL
DEL ARTE
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Gliptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

En todas las Farmacias del Globo.
INSTRUCCIONES SOBRE EL EMPLEO DEL JARABE DELABARRE Y SOBRE LOS Sufrimientos de los Niños
FUMOUZE — PARIS
Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau. Paris.



Los reyes de España en Hungría.—S. M. el rey D. Alfonso XIII y la oficialidad del regimiento de infantería n.° 38, del que es coronel honorario, en el Círculo Científico Militar de Budapest. (De fotografía de Erdely, de Budapest, comunicada por Carlos Trampus.)

En uno de los días en que S. M. el rey D. Alfonso XIII estuvo en la capital de Hungría, visitó en compañía de las personas de su séquito el Círculo Científico Militar, en donde los oficiales del regimiento de infantería número 38, del que es coronel honorario, le obsequiaron con un almuerzo.

El coronel Leitschaft presentó á D. Alfonso la oficialidad del regimiento, conversando el monarca afablemente con todos ellos.

El rey recorrió todas las dependencias del Círculo, que estaban llenas de militares que vestían los variados y pintorescos uniformes del ejército austriaco y húngaro. Durante el almuerzo platicó el rey con los comensales sobre prácticas y costumbres militares de aquel país.

Al llegar el momento de los brindis, el coronel Leitschaft brindó por los reyes de España, por la familia real y por el ejército español. D. Alfonso contestó con un sentido brindis que fué muy aplaudido. El citado regimiento fué el que hizo los honores á la llegada y á la partida de los soberanos españoles.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN